

Un final inesperado. Tesis sobre antisemitismo y Holocausto en la obra de Canetti

SULTANA WAHNÓN*

Resumen: Canetti no escribió nunca un ensayo sobre el antisemitismo, en tanto que al nazismo solo le dedicó algunas páginas de *Masa y poder* y un ensayo centrado en la figura de Hitler. Pese a esto, buena parte de su obra puede ser leída como una respuesta al acontecimiento que más marcó la historia del siglo XX, es decir, al exterminio de los judíos europeos. La lectura de los pasajes que Canetti dedicó en su autobiografía a narrar sus experiencias con el antisemitismo, así como el análisis de los textos sobre Hitler y el nazismo, permiten reconstruir una suerte de teoría canettiana del antisemitismo y del Holocausto.

Palabras clave: Canetti, antisemitismo, nazismo, masa, poder, Holocausto.

Resumé: Canetti n'a jamais écrit un essai sur l'antisémitisme, et il a consacré sur le nazisme seulement quelques pages de *Masse et pouvoir* et un essai centré dans la figure de Hitler. Malgré ça, une grande partie de son oeuvre peut être lue comme une réponse à l'événement qui a marqué le plus l'histoire du XX^{ème} siècle, c'est-à-dire, à l'extermination des juifs européens. La lecture des passages que Canetti a consacré dans son autobiographie à raconter ses expériences avec l'antisémitisme, ainsi que l'analyse des textes sur Hitler et le nazisme, permettent de reconstruire une sorte de théorie canettienne de l'antisémitisme et de l'Holocauste.

Mots clés: Canetti, antisémitisme, nazisme, masse, pouvoir, Holocauste.

1. El antisemitismo de muta

En *La lengua salvada*, el primer volumen de su autobiografía, Canetti relata cómo fue su primer encontronazo con el antisemitismo.¹ Ocurrió durante su adolescencia, en la época en que vivía con su familia —su madre y sus dos hermanos— en Zúrich. Hasta ese momento, toda su experiencia a este respecto había consistido en haber sido testigo muchas veces de comentarios ofensivos contra los judíos en abstracto, pero nunca se le había hecho sentir «*personalmente*» ninguna animosidad «por ser judío».² Ni en Bulgaria, ni en Inglaterra, ni tan siquiera en Viena, donde había pasado la mayor parte de su infancia, había tenido ocasión de experimentar directa y personalmente la hostilidad antisemita. En Suiza, en cambio, ocurrió. Y el relato que el escritor hizo de este episodio en su autobiografía tiene, además del anecdótico, otro interés añadido: el de constituir una de las escasas ocasiones en que Canetti escribió clara y explícitamente sobre esta cuestión. Como, en efecto, no

Recibido el 2-11-05 y aceptado el 2-12-05.

* Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Granada. swahnon@ugr.es, C/. Morena, 4, 5º A - 18015 Granada.

1 E. Canetti: *La lengua salvada*, en *Obras Completas II*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2003, pp. 285-298.

2 *La lengua salvada*, *op. cit.*, p. 285.

son muchas las páginas que el autor ha dedicado abiertamente a la descripción o explicación del antisemitismo, éstas de su autobiografía constituyen un precioso testimonio sobre su comprensión del mismo, al menos tal y como éste era antes de que el nacionalsocialismo lo convirtiera en un auténtico fenómeno de masas.

Tal como la cuenta el autor, la experiencia fue como sigue. Sucedió en otoño de 1919, y el escenario de los hechos fue el liceo (el *Gymnasium*) en el que cursaba sus estudios secundarios. En aquel curso académico la clase de Dibujo se daba en un aula especial, en la que cada alumno disponía de un armario identificado con su nombre. Un día de octubre Canetti se encontró con que había algo escrito en su armario y el de otro compañero judío. Eran agravios del estilo: «Abrahamcillo, Isaaquillo, judiílllo, fuera del Gymnasillo, no os necesitamos».³ Sintiéndose profundamente afectado por el insulto, el joven convocó al resto de alumnos judíos y se puso de acuerdo con ellos para enviar una carta de protesta al director, donde le advertían del creciente antisemitismo que reinaba en las aulas y le rogaban que adoptara las medidas pertinentes. La dirección intervino en el asunto, y tras algunas semanas y algunas peripecias, las aguas volvieron a su cauce y se restablecieron las relaciones que hasta entonces habían sido normales entre los alumnos judíos y los no judíos del instituto.

Hasta aquí los hechos, aunque lo más interesante de este capítulo de *La lengua salvada* es, desde luego, la interpretación que se hace de ellos. Lo primero que llama la atención en este sentido es que, a la hora de explicar(se) lo ocurrido en 1919, el autor no dudara en echar mano de uno de los conceptos centrales de su gran ensayo *Masa y poder*: el de *muta*. Por decirlo en sus propias palabras, aquello no se trató de «una discusión política», sino de «la formación de una muta».⁴

En *Masa y poder* Canetti había llamado así, *muta*, a la unidad de acción más antigua y primitiva, en la que localizaba el origen más remoto de la masa. Se trataba de una especie de pequeña masa, integrada por pocos individuos, entre diez o veinte, que, además, en el caso concreto de la llamada *muta de caza* (la más «natural y auténtica» de las mutas), se unían solo para vencer a un enemigo común contra el que ninguno de sus componentes hubiera podido nada por separado.⁵ Por consiguiente, al afirmar que aquello que él había vivido en el *Gymnasium* no había sido una controversia política sino la formación de una *muta*, lo que el autor estaba queriendo decir era que las agresiones verbales que padeció en su adolescencia en tanto que judío no tuvieron su origen en ninguna clase de desacuerdo político o ideológico, sino en cuestiones más elementales y primarias, del tipo de las analizadas en su ensayo sobre la masa: cuestiones, pues, de poder y de supervivencia.

Si Canetti sostuvo esto no fue, sin embargo, porque las agresiones que sufrió en 1919 no tuvieran nada que ver con las ideas o las opiniones. Durante las semanas que duró el conflicto en el liceo, tuvo oportunidad de escuchar a diario una buena ración de esa clase de afirmaciones generalizadoras sobre «los judíos» en que consisten siempre los prejuicios antisemitas: v.g., la «idea» de que los judíos habían sido cobardes durante la pasada Guerra. Solo que, en su opinión, en aquel caso concreto lo que había latido bajo las injurias de sus compañeros no había sido tanto una posición ideológica cuanto un sentimiento de rivalidad. De ahí que, como intuyendo esto, ya

3 *La lengua salvada*, *op. cit.*, p. 288. Según supo Canetti enseguida, la situación era igualmente alarmante en otras aulas, donde la antipatía que se sentía por los alumnos judíos había empezado también a manifestarse abiertamente y sin recato (*op. cit.*, p. 290).

4 *La lengua salvada*, *op. cit.*, p. 294.

5 Según se dice en *Masa y poder*, desde los tiempos más remotos la *muta de caza* se constituía allí donde se trataba «de ir contra un peligroso o potente animal que el ser individual difícilmente puede apresar». Para Canetti, esta clase de *muta* debía su aparición entre los hombres a «un modelo animal; a la manada de animales que cazan juntos» (E. Canetti: *Masa y poder*, Madrid, Alianza/ Muchnik, 1983, pp. 90-93).

entonces, cuando aún era un adolescente, no se hubiera molestado siquiera en tratar de rebatir aquellas opiniones descalificadoras sobre los judíos. Por decirlo en sus propias palabras: «De buena gana hubiera refutado cada punto, pero nunca había lugar para ello, no se trataba de una discusión política, sino de algo que yo definiría hoy como la formación de una muta».⁶

Esta rotunda afirmación de Canetti sobre el carácter primitivo y casi espontáneo del antisemitismo, tal como él lo vivió en 1919, se ve reforzada en *La lengua salvada* por el detallado relato que se hace de la forma en que se resolvió el conflicto. Lo que se cuenta aquí es que varias semanas después de haber enviado la carta de protesta a la Dirección del liceo, Canetti fue llamado al despacho del vicedirector, quien por toda respuesta al escrito le espetó: «Levantas demasiado la mano en clase».⁷ Aunque al principio le costó mucho comprender qué era lo que le había querido decir el vicedirector con estas enigmáticas palabras, finalmente cayó en la cuenta de que el mensaje que se le había transmitido era el de que esa conducta molestaba a sus compañeros, de donde que a partir de ese momento se le «paralizara» el brazo, llegando incluso a lo que llamaría el «colmo de la abnegación»: «Conseguí... guardarme para mí solo cosas que sabía y quedarme sentado estópidamente al tiempo que todos los miembros me cosquilleaban».⁸

En el apartado de *La lengua salvada* que lleva el título de «Cómo hacerse odioso» y que precede al relato de los hechos, el autor se muestra especialmente interesado en analizar y explicar las posibles razones de todo aquello, en especial las que podían haberse derivado de su propia actuación. Así, por ejemplo, no deja de reconocer que, cuando se desató el conflicto, él acostumbraba en efecto a levantar mucho la mano en clase, bien para preguntar, bien para responder, llegando incluso a admitir que tras ese comportamiento suyo se escondía quizás un cierto «afán de protagonismo»⁹ y que, por consiguiente, él mismo podía haber *contribuido*, sin quererlo, «al desastre», al atraerse de este modo la hostilidad de sus compañeros.¹⁰ Ahora bien, este *mea culpa* no anula, sino todo lo contrario, la idea que, a mi juicio, quiso Canetti de verdad enfatizar en este apartado, es decir, la de que se le *odiaba*, y la de que este odio tenía que ver no solo con la difusión entre los estudiantes de los consabidos prejuicios antisemitas, sino también y sobre todo con una determinada conducta suya que les había molestado, por más que a él no se le hubiera ocurrido que esto pudiera ser así: «Nunca pensé que esta manera de proceder pudiera irritarles o incluso herirles».¹¹

Este reconocimiento, el de que podía haber sido esa conducta la que le hubiera granjeado la enemistad de sus compañeros, lleva implícita la que, en mi opinión, sería la clave de la comprensión canettiana del antisemitismo o, mejor dicho, del antisemitismo tal y como él lo conoció en su adolescencia, es decir, como antisemitismo de muta. Por entonces, es decir, en las fechas en que Canetti sufrió el episodio del liceo, la ideología y los prejuicios desempeñaban por supuesto un importante

6 *La lengua salvada, op. cit.*, p. 294.

7 «Después de cinco o seis semanas, o quizá más, fui llamado al rectorado yo solo. No me recibió el severo rector Amberg. Allí estaba el vicerrector Usteri con la petición en la mano, como si acabara de recibirla y la hubiera leído por primera vez. (...) ‘¿Tú has escrito esto?’ Dije que sí, era mi letra, yo la había redactado, no solo escrito. ‘Levantas demasiado la mano en clase’, dijo entonces, como si la cosa solo fuera conmigo, allí mismo rompió luego en pedazos el papel con las firmas y tiró los trozos a la papelera. Con esto quedé despedido» (*La lengua salvada, op. cit.*, p. 293).

8 *La lengua salvada, op. cit.*, p. 296.

9 Además de reconocer estos polémicos aspectos de su personalidad adolescente, Canetti trata también de explicarlos o justificarlos. Según él, ese hábito lo había adquirido, casi sin darse cuenta, en la relación con su madre y con su férrea pedagogía: «Lo más importante, sin duda, era el afán de salir triunfante delante de mi madre. Ella esperaba respuestas inmediatas, lo que no tenía a mano en el momento no le servía» (*La lengua salvada, op. cit.*, pp. 285-286).

10 *La lengua salvada, op. cit.*, p. 296.

11 *La lengua salvada, op. cit.*, p. 286.

papel en la existencia del odio o la desconfianza hacia los judíos, que era previa a toda coyuntura concreta, pero dicho odio y prejuicios se activaban de forma especialmente peligrosa cuando había razones concretas para ello, en especial de *rivalidad* o competencia en el marco de un conflicto de intereses. En su caso particular, aquella inquina que hacia él habían sentido sus compañeros de clase, por más que se apoyase en los prejuicios antijudíos que éstos tenían a su disposición, se había debido en buena parte a aquel afán suyo por mostrar su saber ante los profesores. De ahí que los términos «rencor» y «envidia» aparezcan en la descripción que el autor hizo de lo que debieron de sentir sus compañeros ante el espectáculo de su especial relación con los profesores.¹²

Esto no quiere decir que aquel fenómeno, el del antisemitismo de muta, no fuera en sí mismo algo muy inquietante. El propio autor confiesa en *La lengua salvada* que, a raíz de haber vivido esta experiencia personal, no solo se hizo mucho más consciente de la animosidad que rodeaba por todas partes a los judíos,¹³ sino que llegó a hacer de ella el centro de sus preocupaciones, desplazando así a la otra gran cuestión política que hasta ese momento y a pesar de su juventud le había venido obsesionando: la de la paz entre las naciones europeas.¹⁴ Después de haber vivido este período de pesadilla en el liceo, el joven Canetti ya no temía tanto a una nueva guerra cuanto a lo que pudiera ocurrirle a los judíos en ese contexto de hostilidad. Y este nuevo temor, lejos de abandonarle pronto, se incrementó notablemente en los años venideros, sobre todo a partir del momento en que a finales de 1921 toda la familia se mudó a Frankfurt, dando así comienzo a la etapa de la vida del autor de la que él mismo ha dado cumplida noticia en el segundo volumen de su autobiografía, *La antorcha al oído*.

2. Los efectos de la inflación

En Frankfurt no se trató, como en Zúrich, de una campaña organizada de acoso escolar, sino de un rifirrafe con un antisemita individual y concreto: el hermano de un nuevo compañero de clase llamado Rainer Friedrich, al que Canetti describe como un muchacho soñador y religioso que trataba ingenuamente de convertirlo a la fe cristiana, pero cuya familia resultó ser un caso prototípico del nuevo antisemitismo alemán. Según se cuenta en *La antorcha al oído*, el joven le transmitía a diario de parte de su hermano las opiniones que éste tenía acerca de los judíos. Entre ellas, las había desde las más tradicionales, como la de que los judíos sacrificaban niños cristianos para hacer pan ázimo con su sangre, hasta las más recientes, como la que los acusaba de cobardía durante la pasada Guerra. Pero en esta ocasión Canetti optó extrañamente por tomarse en serio las acusaciones y por refutarlas una a una,¹⁵ actitud que prolongó durante meses y de la que solo desistió el

12 «Le guardan rencor por un espectáculo en el que ellos no desempeñan papel alguno, quizá le envidien un poco por su tesón» (*La lengua salvada*, op. cit., p. 288).

13 «A partir de ese momento todo cambió. Es posible que antes hubiera habido insinuaciones que yo había pasado por alto, fue a partir de entonces, sin embargo, cuando empecé a registrarlas con la conciencia bien despierta, no se me escapaba la menor alusión contra los judíos» (*La lengua salvada*, op. cit., p. 289).

14 «En mi mente fueron tomando forma elementos de una nueva ideología; de salvar a los hombres de las guerras ya se había encargado Wilson. A él le dejé esta misión, aunque sin perder el interés, todas mis conversaciones seguían girando en torno a este tema. Pero los pensamientos secretos, que yo me guardaba —¡pues con quién podría haber hablado de ellos!—, se centraban en el destino de los judíos» (*La lengua salvada*, op. cit., p. 294).

15 «Mi paciencia era infinita; contestaba como mejor podía, siempre en tono serio, nunca ofendido, como si hubiera consultado mi enciclopedia para averiguar una verdad científica. A través de mis respuestas me había propuesto eliminar del mundo esas calumnias, que encontraba totalmente absurdas» (E. Canetti, *La antorcha al oído*, en *Obras Completas II*, op. cit., pp. 375-769).

día en que el hermano de su amigo lo retó a pelear en el patio del colegio.¹⁶ El verdadero fin de la historia llegaría, sin embargo, algunos meses después, cuando otro amigo llamado Hans Baum, que había investigado el asunto, le informó de que el difunto padre de Rainer Freidrich «se había visto envuelto en dificultades financieras provocadas al parecer por unos judíos, rivales suyos». Según se dice en *La antorcha al oído*, a raíz de esta revelación Canetti empezó por fin «a comprender el origen de aquel odio ciego en la familia».¹⁷

Tal como se exponen las cosas en la autobiografía, se diría que la intención de Canetti al contar esta historia habría sido la de apuntar una vez más al odio y la rivalidad personal como causa u origen más directo de las agresiones, verbales o de otro tipo, contra los judíos. Sin embargo, el hecho de que en este caso el conflicto lo fuese ya de carácter económico (y no meramente de vanidad o reconocimiento intelectual), junto a la circunstancia de que este nuevo episodio se sitúe en la Alemania de 1922, permite pensar que el autor quiso además aludir a otra cosa: en concreto, a la nueva difusión que la hostilidad antisemita estaba conociendo en el específico contexto de la terrible crisis económica que padeció Alemania entre 1922 y 1923. Por entonces, y aunque en el relato todo se encarna en un caso, el de la familia Friedrich, eran muchos los que, como el padre de Rainer Freidrich, se habían arruinado por dificultades financieras, y muchos también los que en esas circunstancias tendían a responsabilizar de su ruina a capitalistas y especuladores en general, pero muy en especial a los judíos. De ahí que este breve relato de *La antorcha al oído* tenga que ser leído a la luz de otro texto, el único que Canetti dedicó a reflexionar explícitamente sobre los efectos de la inflación alemana: el apartado de *Masa y poder* al que dio precisamente el título de «Inflación y masa».

La hipótesis central de este texto, que forma parte del capítulo «Masa e historia», es la de que la tremenda inflación de aquellos años desempeñó un papel decisivo en la gestación de la masa que unos años después habría de darle el triunfo a Hitler. No se trataba, desde luego, de una idea completamente nueva, pero lo que sí era nuevo o, al menos, original, fue la forma en que Canetti la planteó, al abordarla como un problema de *psicología de masas*.

La relación entre inflación y masa la encontraba el autor en la circunstancia de que toda inflación traería siempre consigo, entre otras cosas, la aparición y constitución de masas. Al arruinar a todos sin distinción y abolir así las habituales diferencias de clase, la inflación daría lugar, en efecto, a que una serie muy numerosa de personas que hasta entonces nada tenían en común entre sí pudieran sentirse de repente masa, es decir, unidad. Vinculados por el común empobrecimiento, personas de la más diversa condición social y económica se unirían, de este modo, en lo que Canetti llama precisamente una *masa de inflación*:

Este acontecimiento reúne a hombres cuyos intereses materiales de lo contrario divergen por completo. El asalariado se ve tan confundido por ello como el rentista (...). La inflación abroga diferencias entre hombres que parecían creadas para la eternidad y reúne en una y la misma masa de inflación a gentes que de otro modo apenas se habrían saludado.¹⁸

16 «Cuando Rainer empezó al día siguiente: ‘Mi hermano me encarga decirte...’, lo interrumpí en medio de su frase y le dije: Dile a tu hermano que se vaya al diablo» (*La antorcha al oído*, op. cit., p. 405).

17 *La antorcha al oído*, op. cit., p. 407.

18 *Masa y poder*, op. cit., p. 183.

En *Masa y poder* esta variedad moderna de masa se encarna solo en una muy concreta e histórica masa de inflación, la de la Alemania de los años veinte, aunque, como el modo en que se la describe y en que se explica su funcionamiento es más psicológico que histórico (se trata, como se ha dicho, de psicología de masas), todo cuanto dice aquí Canetti puede servir para cualquier otra masa de estas características surgida en cualquier otro lugar o momento. La particularidad psicológica de la masa así reunida por la inflación sería, según el autor, la de estar integrada por individuos que se sentirían *devaluados*, disminuidos en su valor, exactamente igual que le ocurre en la inflación al precio del dinero: «El *ser singular* se siente devaluado, porque la unidad en la que confió, que respetaba al igual que a sí mismo, ha comenzado a desbarrancarse». Por lo mismo, toda masa así formada sería una masa que, aunque constituida por millones de personas, se sentiría como si no valiera nada, exactamente igual que los antiguos millones de marcos: «Tan poco como vale uno solo, así de poco vale entonces unido a los demás. Cuando los millones trepan, todo un pueblo de millones se convierte en nada». Como, además, esta experiencia de sentirse súbitamente devaluado sería «demasiado dolorosa» para poder ser olvidada fácilmente, Canetti advierte de que en muchas ocasiones la única forma que el individuo o la masa encuentran para liberarse de ese sentimiento de no valer nada es echárselo encima a otro: «La tendencia natural es entonces a encontrar algo que valga aún menos que uno mismo, que pueda despreciarse de la misma manera en que uno mismo fue despreciado».¹⁹ Y esto habría sido, precisamente, lo que, según el autor, habría hecho la masa alemana en el período de entreguerras: descargar sobre los judíos la inflación que ellos habían sufrido, sometiéndolos a la misma devaluación a que ellos se vieron sometidos y, por tanto, tratándolos como moneda que cada vez valía menos, hasta dejarlos en un estado «de completa ausencia de valor».²⁰

La elección de los judíos como objeto en el que descargar los efectos psicológicos de la inflación de masa se presenta, en *Masa y poder*, como algo de lo que Hitler y el nacionalsocialismo habrían sido, desde luego, los más directos responsables: «Como objeto para esta tendencia —se dice— Hitler encontró durante la inflación alemana a los judíos».²¹ Pese a esto, Canetti no descuida tampoco el hecho de que, si Hitler pudo «encontrar» este objeto, fue porque éste estaba ya allí, listo para ser utilizado precisamente en ese sentido. De ahí el cuidado con que también subraya que, cuando el líder nazi apareció en el horizonte, había ya mucha gente convencida de la estrecha relación entre los judíos y el dinero, que venía sospechando de ellos por sus habilidades especulativas y por sus hábitos comerciales, todo lo cual no hizo más que agravarse cuando se produjo la inflación.²² Por su parte, Hitler, aquejado de los mismos recelos y desconfianzas que sus conciudadanos pero en

19 *Ibidem*.

20 «No basta con recoger este desprecio como se lo encontró, con mantenerlo en el mismo nivel que tuvo antes de que se le alcanzase. Lo que se necesita es un proceso dinámico de *rebajamiento*: es preciso tratar algo de manera que valga cada vez menos, como la unidad monetaria durante la inflación, y este proceso debe continuarse hasta que el objeto haya llegado a un estado de completa ausencia de valor. Entonces se le puede arrojar como al papel o desecharlo como a un pliego de impresión defectuosa» (*ibidem*).

21 *Ibidem*.

22 «Su antigua vinculación con el dinero, para cuyos movimientos y fluctuaciones de valor tenían algo así como una tradicional comprensión; su habilidad en actividades especulativas; su afluencia a las bolsas de comercio donde su manera se distinguía muy crudamente del ideal de conducta militar de los alemanes, todo eso les debía hacer aparecer, en una época llena de sospechas y caracterizada por la inestabilidad del dinero, particularmente dudosos y hostiles» (*Masa y poder*, *op. cit.*, pp. 183-184).

grado superlativo²³, llevó todo esto a unas consecuencias extremas y completamente inesperadas, que si pudieron encontrar respaldo en el pueblo alemán, fue sobre todo, según piensa Canetti, por el parecido que todo aquello tenía con el proceso inflacionista que ellos mismos habían vivido poco antes:

En el tratamiento de los judíos el nacionalsocialismo repitió lo más exactamente posible el proceso de la inflación. Primero se los atacó como malos y peligrosos, como enemigos; luego se los desvalorizó más y más; puesto que no alcanzaban, se los coleccionaba en los países conquistados; al final eran considerados literalmente como *bichos* a los que podía exterminarse por millones.²⁴

La conclusión a que llega Canetti aquí, por consiguiente, es la de que mucho de lo ocurrido en Alemania durante la Segunda Guerra solo podía entenderse a la luz del sentimiento de devaluación que el pueblo alemán, convertido en masa, había experimentado durante la inflación de los primeros años veinte. Lo que, dicho de otro modo, significaría que en su opinión el antisemitismo, tal como era y existía en Alemania antes de la inflación, no habría sido suficiente para que Hitler hubiera conseguido el apoyo que las masas brindaron, primero, a sus amenazas y, luego, a sus crímenes contra los judíos. Fue necesario que la inflación ocurriera y que los alemanes se hubieran sentido desprovistos de todo valor para que algunos años más tarde asombraran al mundo con su tolerancia o indiferencia hacia crímenes de las proporciones de los cometidos por Hitler: «Difícilmente —concluye Canetti— habrían podido llegar tan lejos, si no hubiesen vivido pocos años antes una inflación durante la cual el marco se hundió hasta una billonésima parte de su valor».²⁵ Desde esta perspectiva, fue esta inflación la que, como fenómeno de masa, descargaron sobre los judíos, una vez, naturalmente, que Hitler les enseñó a hacerlo:

El judío era individualmente «malo»: estaba bien con el dinero, cuando ya nadie sabía a qué atenerse con respecto a él y especialmente cuando ya nadie quería tener nada que ver con el dinero. Si en la inflación se hubiese tratado de procesos de devaluación en el alemán como *individuo*, habría bastado con despertar el odio contra determinados judíos. Pero no era así, también los alemanes en cuanto *masa* se sentían humillados en el descrédito de sus millones. Hitler, que tenía una clara visión al respecto, orientó su actividad contra los judíos como un todo.²⁶

Se apreciará ahora mejor el simbolismo del episodio autobiográfico en el que Canetti narró su encuentro con la familia Friedrich, nada más llegar a Frankfurt. Al situar esta experiencia de antisemitismo en la Alemania de 1922 y al describirla como provocada por las dificultades financieras sufridas por una familia alemana, el autor no habría querido entonces establecer una absoluta iden-

23 Joachim Fest, el biógrafo de Hitler, habla de un «profundo y exasperado antisemitismo... lleno de impulsos de un odio primitivo y vil, del que no se sabe cómo surgió y que jamás disminuyó, y que se convirtió incluso en una obstinación contraproducente para sus objetivos». Para Fest, éste sería, de hecho, «el problema más difícil de aclarar de la forma de ser hitleriana», y en absoluto debería ser simplemente despachado como «una simple 'idea obsesiva'» (J. Fest, *Hitler. Una biografía*, Barcelona, Planeta, 2005, p. 14).

24 *Masa y poder*, op. cit., p. 184.

25 *Ibidem*.

26 *Ibidem*.

tividad entre este caso y el vivido por él anteriormente en el liceo de Zúrich, sino, más bien, representar lo que de esencialmente novedoso se estaba dando en el momento histórico en que él llegó a ese país,²⁷ es decir, cuando a causa de la inflación se estaba ya constituyendo la masa antisemita que pocos años después, y con el decisivo concurso de Hitler, crecería hasta límites insospechados, trastornando así para siempre el rumbo de la historia y el destino de los judíos.

3. El instinto de masa

Una vez expuesto el desenlace del episodio con la familia Friedrich, Canetti no vuelve a retomar en *La antorcha al oído* la cuestión del antisemitismo. Hay, eso sí, una ocasión en que vuelve a hablar de los judíos, pero solo para referirse a la progresiva implantación del ideario sionista entre las comunidades sefardíes que le eran más cercanas y en las que, precisamente, todavía no se daban persecuciones antisemitas.²⁸ Fuera de esto, ni una alusión más al antisemitismo, como si pensase que ya había dicho todo lo que tenía que decir sobre este asunto con la historia de la familia Friedrich y de su ciego odio a los judíos. A partir de este momento, es decir, una vez explicado este punto y determinada la causa de la extensión del odio entre los particulares, Canetti aparca el tema y no vuelve a referirse más a él. Sí aparecen, en cambio, pocas pero muy concretas referencias a la progresiva implantación de Hitler y el nacionalsocialismo en el panorama político de entreguerras, así como al éxito que sus engañosas propuestas empezaban a tener entre los jóvenes alemanes.²⁹ Pero, si bien es verdad que a lo largo de este volumen no vuelve a hablar del antisemitismo, también es cierto que sí lo hace, y mucho, de la *masa*.

El hecho de que en *La antorcha al oído* se hable mucho más de la masa y de Hitler que del antisemitismo tiene su razón de ser. En primer lugar, hay que tener en cuenta que el volumen abarca el período de la vida de Canetti que va de 1921 a 1931 y que éste fue el lapso en el que, según él mismo cuenta, empezó a interesarse intelectualmente por este objeto, llegando incluso a concebir la que luego habría de ser su monumental investigación sobre la masa, es decir, *Masa y poder*. No tiene, pues, nada de extraño que este volumen de la autobiografía contenga muchas y variadas noticias sobre sus concretas experiencias de masa, bien como observador de manifestaciones de diversa

27 Unas páginas después de haber relatado el episodio con la familia Friedrich, Canetti describe así en *La antorcha al oído* cómo era Alemania pocos meses después de su llegada a Frankfurt: «Era la época en que la inflación alcanzó su cota máxima; el salto diario de los precios, que al final llegaría hasta el billón, tuvo para todo el mundo consecuencias extremas, aunque no idénticas. Era un espectáculo monstruoso; todo cuanto ocurría —y no era poco— dependía de una sola condición: la devaluación del dinero a un ritmo demencial. Fue mucho más que un caos lo que se abatió sobre la gente, era algo similar a *explosiones* cotidianas: quien sobrevivía a una, sucumbía a la próxima al día siguiente» (*La antorcha al oído*, *op. cit.*, p. 432).

28 «Toda la comunidad sefardí de Sofía, y no solo de Sofía, sino del país entero, se había convertido al sionismo. No les iba mal en Bulgaria, no sufrían ningún tipo de persecuciones, no había guetos ni una miseria oprimente, pero entre ellos había oradores cuyas chispas habían prendido y que no cesaban de predicar el retorno a la Tierra prometida» (*La antorcha al oído*, *op. cit.*, p. 474).

29 «En una clase conocí a un chico que me llamó la atención entre la multitud por su mirada reluciente y su manera enérgica y, sin embargo, cautelosa de moverse. Nos pusimos a conversar y luego volvimos a encontrarnos varias veces. Era hijo de un juez y, a diferencia de su padre, confiaba, según me dijo, en Hitler. Tenía sus propias razones para justificar esta fe, que defendía con absoluta sinceridad y, casi me atrevería a decir, con cierta gracia: no debería haber otra guerra, decía, las guerras son el peor flagelo que puede abatirse sobre la humanidad, y el único hombre capaz de salvar al mundo de otra guerra era Hitler. Al comunicarle yo mi convicción opuesta, insistió en que lo había oído hablar y que *él mismo lo había dicho*. Ésta era la razón por la que creía en él, y nadie le haría cambiar jamás de opinión» (*La antorcha al oído*, *op. cit.*, p. 651).

índole, pacifistas, hostiles, etc., bien como participante de algunas,³⁰ además de sobre sus lecturas acerca de este tema, las circunstancias en que se le iban ocurriendo sus primeras ideas originales sobre él, etc. Especial relevancia en este sentido tiene el pasaje en que el autor relata cómo llegó a entrever la que iba a convertirse en la tesis central de su libro.

El acontecimiento, que tuvo la forma de una «iluminación», ocurrió una noche del invierno de 1924-1925. Por aquel entonces, Canetti ya había leído prácticamente todo lo que se había escrito sobre la masa, y muy en especial la *Psicología de las masas* de Freud, sin que, sin embargo, nada de lo que allí había encontrado le hubiera satisfecho del todo.³¹ Y esa noche, mientras caminaba distraído por una calle de Viena, entendió por qué: lo que tanto Freud como sus antecesores en la reflexión sobre la masa habían descuidado, con su visión absolutamente *negativa* del fenómeno, era algo que él mismo había experimentado en carne propia al *entregarse* a la masa sin resistencia y con placer,³² es decir, que en todo ser humano existía un *instinto de masa* tan fuerte y poderoso como el mismísimo instinto sexual o libido de que hablaba el psicoanálisis. Fue además en este mismo momento, el de la «iluminación», cuando a Canetti se le ocurrió también que era a partir de ese instinto de masa como quizás podía explicarse *todo cuanto estaba ocurriendo en el mundo*:

Me vino la idea de que había un instinto de masa en permanente conflicto con el instinto individualista, y que la lucha de ambos permitía explicar el curso de la historia humana. Puede que no fuera una idea nueva, pero para mí lo era, por la violencia inaudita con que me subyugó. Tuve la impresión de que todo cuanto estaba ocurriendo en el mundo podía deducirse de ella.³³

Lo que estaba ocurriendo en el mundo no podía, pues, entenderse ni a la luz de las teorías freudianas, para las que el enfrentamiento lo era entre el instinto de vida y el de muerte (Eros y Tánatos), ni tampoco a la luz de las teorías marxistas, que solo veían en la historia el escenario de la lucha de clases. La propuesta de Canetti, por entonces solo en esbozo, era por ello empezar a ver en la historia el escenario de una lucha igualmente permanente entre un *instinto individualista* y un *instinto de masa*, que en ese momento, además, libraban una de sus peores batallas: por decirlo en palabras literales del autor, aquello era desde luego «algo que había existido siempre», pero que *ahora*, en las circunstancias históricas de la primera mitad del siglo XX, «existía más que nunca».³⁴

30 Entre las vivencias directas de masa de Canetti, ocuparía un lugar muy destacado su participación en la masa que el día 15 de julio de 1927 salió a las calles de Viena para protestar contra una sentencia injusta. El autor, que tenía entonces veintidós años, formó parte, pues, de la rebelión ciudadana que culminó en el incendio del Palacio de Justicia y que acabó con noventa muertos entre los manifestantes (véase el relato completo de esta crucial experiencia de masa en *La antorcha al oído*, *op. cit.*, pp. 637-645).

31 Pese a su desacuerdo con las tesis freudianas sobre la masa, Canetti reconoce en su autobiografía lo mucho que sus investigaciones habrían debido al estímulo del pensamiento de Freud, en quien habría tenido, pues, no solo a un «adversario», sino también «una especie de modelo» (*La antorcha al oído*, *op. cit.*, p. 508). Sobre el carácter polémico de las tesis de Canetti respecto de las de Freud, pueden verse mis anteriores trabajos sobre el autor: «Sobre *Masa y poder*, de Elias Canetti», en *Raíces. Revista judía de cultura*, n° 45, Invierno 2000-2001, pp. 48-54; «*Masa y poder*: el pensamiento de Elias Canetti», en J. Targarona Borrás, A. Sáenz-Badillos y R. Izquierdo Benito (eds.), *Pensamiento y mística hispanojudía y sefardí*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 339-373; y «Poder, masa y religión en la obra de Elias Canetti», en M. Paz Balibrea (ed.), *Encuentros en la diáspora. Homenaje a Carlos Blanco Aguinaga*, Barcelona, Gexel, 2002, pp. 81-96.

32 Sobre lo *grato* que sería «entregarse a la masa» y sobre la conciencia que Canetti llegó a tener acerca de su propia tendencia a entregarse a ella «sin resistencia», véase *La antorcha al oído*, *op. cit.*, p. 536.

33 *La antorcha al oído*, *op. cit.*, p. 509.

34 *La antorcha al oído*, *op. cit.*, p. 536.

Se entiende, pues, la segunda de las razones por las que en *La antorcha al oído* se habla mucho más de la masa y de Hitler que del antisemitismo. Puesto que Canetti había llegado a ver en la masa, o más bien en el instinto de masa, la clave explicativa de todo cuanto había ocurrido en el mundo, parece lógico que a la hora de describir los acontecimientos que precedieron a la Segunda Guerra Mundial y al exterminio de los judíos optara por dirigir la atención del lector hacia los fenómenos de masa más que hacia los de antisemitismo. Ciertamente, el antisemitismo existía en la sociedad europea y, sobre todo, en la alemana, y a raíz de sus propias experiencias personales —acoso escolar en Zúrich, diatriba con el hermano de Rainer Friedrich, etc.— él mismo había llegado a ser muy consciente de ello y a estar seriamente preocupado por el destino de los judíos europeos. Ahora bien, lo que se deduce de la forma en que el autor se presenta a sí mismo durante el período 1921-1931, aparentemente desinteresado de la cuestión antisemita y obsesionado solo por entender a la masa, sería que, para él, lo verdaderamente decisivo a la hora de explicar lo que llegó a ocurrir en la Alemania de los años treinta y cuarenta no habría sido tanto el antisemitismo cuanto la masa y el poder que emergía de ella. Como luego diría en *El juego de ojos*, el tercer volumen de su autobiografía:

La masa es lo más importante; sería necesario que supiéramos algo acerca de la masa, pues todo nuevo poder que *hoy surge* se alimenta conscientemente de ella. En la práctica, todo el que aspira a conquistar el poder sabe de qué modo tiene que manipular a la masa.³⁵

Idéntica conclusión puede extraerse de los textos que Canetti dedicó abiertamente a reflexionar sobre el nazismo, que son en concreto dos apartados de *Masa y poder*, el ya citado «Inflación y masa» y el que inmediatamente le precede con el título de «La Alemania de Versalles»,³⁶ y, sobre todo, el ensayo «Hitler, según Speer», recogido en *La conciencia de las palabras*.³⁷ En relación con el primero de estos textos, poco queda que decir: conocemos ya el argumento de la importancia que tuvo la inflación en la aparición de una *masa de inflación*, entendida ésta como muchedumbre indiferenciada que se había constituido en *unidad* más allá de las diferencias de clase que las separaban —precisamente por cuanto que la inflación había hecho desaparecer esas diferencias. A ello habría ahora que añadir que esa masa, así unida por las consecuencias de la inflación, vino a superponerse a otra que ya existía previamente en Alemania, la única a la que Canetti llama propiamente *masa alemana* y de la que se ocupa en el apartado «La Alemania de Versalles». Lo que Canetti sostiene aquí es que esta otra masa existía desde que Alemania se constituyó definitivamente como nación, tras la guerra de 1870-1871 contra Francia. Vinculada en torno a su símbolo

35 E. Canetti, *El juego de ojos*, en *Obras completas II*, op. cit., p. 818. Una misma convicción acerca del papel que la masa desempeñó en el desastre pudo ser la que inspiró estas palabras del escritor húngaro y superviviente de la *Shoah*, Imre Kertész: «Apuesto por la democracia, pero no creo en la igualdad de los seres humanos, me resisto a aceptar el principio de la mayoría y me repugnan las masas, la manera en que se las suele dirigir, tener a raya y divertir, así como la amenaza inherente a ellas, que en el fondo pone en peligro las ideas más elevadas de quienes en todas las épocas han sido pocos, ideas que siempre han creado los valores humanos» (I. Kertész, *Un instante de silencio en el paredón. El Holocausto como cultura*, Barcelona, Herder, 2002, p. 39).

36 *Masa y poder*, op. cit., pp. 175-179.

37 E. Canetti, «Hitler, según Speer» (1969), en *La conciencia de las palabras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 222-258.

de masa nacional, el *Ejército-bosque*,³⁸ se trataba de una masa integrada por alemanes precisamente en tanto y cuanto que se sentían alemanes, más allá de cualquier diferencia ideológica o de clase. De lo fuerte que había llegado a ser este sentimiento nacional en Alemania solo se tuvo plena conciencia, sin embargo, en el momento en que estalló la Primera Guerra Mundial, cuando, tal como recuerda Canetti, ni siquiera los socialdemócratas fueron capaces de resistirse al entusiasmo bélico de aquellos días.³⁹

Tras el desenlace de la Guerra y la firma del Tratado de Versalles, la masa alemana no dejó de existir, aunque ahora ya no vinculada por el entusiasmo, sino por la decepción y el sentimiento de humillación, lo cual, como se sabe y Canetti se limita simplemente a recordar, tuvo que ver no solo con las duras condiciones económicas que los vencedores impusieron a Alemania, sino sobre todo con la otra cláusula que les fue impuesta en la firma del Tratado: la de la prohibición del Ejército, a la que Hitler siempre se refería como el *Diktat* (la «Orden»)⁴⁰. Cuando a esta masa alemana así ofendida por las condiciones del Tratado se le superpuso, en 1922-1923, la nueva masa nacida de los efectos de la inflación, ya estaba todo preparado para que pudiera pasar lo peor. Y lo peor pasó, aunque lo que se deduce de la reflexión de Canetti sobre este particular es que también podría perfectamente no haber pasado y que, para que llegara a pasar, fue del todo imprescindible que hiciera acto de presencia en la historia, a modo de acontecimiento singular e imprevisto, la patológica figura de Hitler. De ahí que, desafiando los que eran por entonces los medios habituales de la investigación histórica, el autor se decidiera a dedicar todo un ensayo, «Hitler, según Speer», a estudiar la personalidad de Hitler. Y de ahí también que, aun sin abordar directamente el caso Hitler, *Masa y poder* dedicase muchos de sus apartados y capítulos al estudio de los aspectos más patológicos del poder político, así como al análisis de figuras concretas de gobernantes paranoicos muy similares a la del propio Hitler.⁴¹

38 Canetti llama *símbolos de masa* a «las unidades colectivas que no están formadas por hombres y que, sin embargo, son percibidas como masas», como ocurre con «el trigo y el bosque, la lluvia, el viento, la arena, el mar y el fuego», que recordarían a la masa y la representarían en el mito, el sueño, la conversación y el canto (*Masa y poder*, op. cit., p. 70). Y llama *símbolos de masa de las naciones* a algunos de estos símbolos de masa, toda vez que han sido adoptados por ciertas masas nacionales como símbolo de la nación. Partiendo de la idea de que las naciones, sobre todo si están en guerra, pueden ser vistas como *religiones*, el autor sostiene que cada una de estas religiones nacionales se articula en torno a un símbolo central, de fe, que explica la manera en que cada nación se representa a sí misma como diferente al resto de las naciones. En el caso alemán, ese símbolo era el del «ejército-bosque» (*Masa y poder*, op. cit., pp. 165-176). Para más información sobre el concepto de símbolos de masa de las naciones, véase: Jon Juaristi, «El ruedo ibérico. Mitos y símbolos de masa en el nacionalismo español», *Cuadernos de Alzate. Revista vasca de la cultura y las ideas*, nº 16, Mayo 1997, pp. 19-30.

39 «El entusiasmo de aquellos días ha sido descrito a menudo. Muchos en el exterior habían contado con la convicción internacionalista de los socialdemócratas y se sorprendían de su fracaso total. No consideraban que también estos socialdemócratas llevaban como símbolo de su nación el ‘bosque-ejército’ dentro de sí; ellos mismos habían pertenecido a la masa cerrada del ejército» (*Masa y poder*, op. cit., p. 177).

40 «Con una insistencia infatigable y sin parangón, Hitler usó la consigna del *Diktat* de Versalles. (...) ¿Qué es lo que propiamente contenía esta consigna? ¿Qué es lo que Hitler transmitió en ella a sus masas de auditores? Para el alemán la palabra ‘Versalles’ significaba no tanto la derrota, que nunca ha reconocido realmente, sino la prohibición del ejército; la prohibición de determinado sacrosanto ejercicio sin el que difícilmente podía concebir la vida. La prohibición del ejército era como la prohibición de una religión. La fe de los padres estaba impedida, restablecerla era el sagrado deber de todo hombre» (*Masa y poder*, op. cit., pp. 177-178).

41 La figura a la que Canetti dedicó más atención en este sentido fue la del llamado «caso Schreber», un político alemán que había llegado a ser presidente del Senado de Dresde, un caso diagnosticado clínicamente como de paranoia, que, después de haber pasado siete años en varias clínicas, decidió poner por escrito con todo detalle su «sistema de delirio» (v. *Masa y poder*, op. cit., pp. 432-459). Sobre esta sección de *Masa y poder* pueden verse las páginas que W. G. Sebald dedica a Canetti en «*Summa Scientiae*: Sistema y crítica del sistema en Elias Canetti», en *Pátrida patria. Ensayos sobre literatura*, Barcelona, Anagrama, 2005, pp. 61-71.

4. Hitler y el antisemitismo de masas

Para que los prejuicios que una buena parte de alemanes y de europeos albergaba hacia los judíos llegaran a convertirse en un fenómeno de masas, en *antisemitismo de masas*, fue, pues, estrictamente necesario que hiciera acto de presencia en la escena política un personaje, Hitler, a quien la naturaleza había dotado de un prodigioso «instinto por todo cuanto se relacionara con la masa».⁴² Para Canetti, fue gracias a ese instinto como Hitler consiguió acceder al poder, a base de *excitar* a las masas o, más bien, de *crearlas* incluso allí donde no las había —objetivo éste para el que se sirvió, precisamente, del antisemitismo y, en general, de la *acusación*.⁴³ Y fue también gracias a ese instinto como, una vez en el poder, consiguió que las masas así creadas siguieran a su disposición, dispuestas a renovar el apoyo cada vez que lo necesitaba para seguir manteniéndose en él, cosa que logró sirviéndose de las grandes movilizaciones, la música, las banderas, las concentraciones en las plazas, los edificios, etc.⁴⁴ A Canetti fue este aspecto de la personalidad de Hitler, el de su habilidad para manejar y manipular a las masas, el que más le interesó, por encima incluso del de su furibundo antisemitismo. Y no porque ignorase las dimensiones y la gravedad del patológico odio a los judíos por parte de Hitler, ni tampoco porque descuidase el hecho de que este odio fue la causa más directa del exterminio, sino porque estaba convencido de que ni siquiera toda esa enfermiza hostilidad habría tenido las consecuencias que tuvo, de no haber sido porque Hitler logró acceder al poder y mantenerse en él. Y, como esto lo hizo gracias a ese instinto suyo para la masa, esto era, desde su punto de vista, lo decisivo a la hora de estudiar lo ocurrido y, sobre todo, de tratar de evitar su posible repetición. Tal como dejó dicho en *El juego de ojos*, la masa y aquellos que sabían manipularla eran lo más importante.

Parece lógico, pues, que a la hora de estudiar la personalidad de Hitler en el único ensayo que le dedicó por completo, el titulado «Hitler, según Speer», el autor dedicara mucho espacio a este aspecto de la misma, dándole una gran importancia al hecho de que el dictador hubiera sido, como él mismo lo llama aquí, un «conocedor empírico de la masa».⁴⁵ Además, como el ensayo era en realidad una reflexión inspirada por la reciente publicación de las *Memorias* de Speer, el famoso arquitecto de Hitler, Canetti prestó también mucha atención a los proyectos arquitectónicos del nazismo, concebidos todos ellos —explicaba— para que la masa por él creada siguiera manteniéndose unida y a su disposición: «Las edificaciones de Hitler estaban destinadas a atraer y contener al mayor número posible de espectadores».⁴⁶ Y eso de diversas maneras y con distintos fines. Así, por ejemplo, mientras que las plazas inmensas eran el espacio idóneo para que la masa tuviera la sensación de que seguía en *crecimiento*, los edificios para el culto, como las catedrales, eran en cambio ideales para la *repetición* regular de las masas, en tanto que las procesiones, desfiles y paradas,

42 «Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 226. Este último aspecto, el del instinto para la masa, sería, por supuesto, el que singularizaría el caso Hitler respecto de los de otros gobernantes paranoicos, como el del famoso sultán de Delhi, Muhammad Tughlak, igualmente estudiado por Canetti en *Masa y poder* (*op. cit.*, pp. 422-432). Conviene resaltar, por lo significativo, que, al final del apartado que dedica a este personaje histórico, Canetti también se opone al tratamiento que los historiadores habían dado hasta entonces a ese caso, que se explicaba (justificaba) «en base a la época» o «a la necesidad» (p. 432). Al igual que ocurría a veces en la explicación *histórica* del nazismo, los modernos historiadores hindúes descuidaban el aspecto patológico e injustificable de la personalidad del tirano.

43 «Era un maestro de la *acusación*, que durante sus años de ascensión fue el instrumento que realmente empleó para convertir en masa a los seres humanos» («Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 242).

44 Cfr. «Hitler, según Speer», *op. cit.*, pp. 224-227.

45 «Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 224.

46 *Ibidem*.

a las que Hitler destinó una vía monumental de ciento veinte metros de ancho y cinco kilómetros de largo, se revelaban especialmente útiles para sacar a la calle a un tipo de masa *lenta*.⁴⁷ Todas esas grandes edificaciones estaban, además, destinadas a que la masa no se disolviese ni siquiera cuando Hitler hubiese ya muerto:

Las masas, gracias a cuya excitación Hitler llegó al poder, deberán seguir siendo excitadas en forma incesante, aun cuando él mismo ya no exista. Y como sus sucesores no estarán en condiciones de hacerlo como él, que es único en su género, les deja en herencia los mejores medios para conseguir ese objetivo: una serie de edificios e instalaciones aptos para mantener viva esa tradición de agitar a las masas. (...) El recuerdo de sus esclavos, de las masas excitadas por él personalmente, deberá servir de ayuda a los más débiles entre sus sucesores.⁴⁸

Ahora bien, todo este afán por mantener unida a su masa no era, en Hitler, un acto de gratuidad, algo placentero en sí mismo. Lo que él necesitaba de la masa no era a la masa en sí misma, a la que despreciaba, sino el *poder* que emergía de ella, esto es, el poder que, gracias a ella, podía tener y ejercer. Para Canetti, lo verdaderamente definitorio de la personalidad de Hitler no era, pues, ese instinto suyo para la masa, del que simplemente se servía para llevar a cabo sus fines, sino aquello que, más profundamente, determinaba esos fines y que procedía en línea directa de su concreta patología, la *paranoia*. Sobre la relación entre poder y paranoia el autor había escrito ya unas páginas memorables en *Masa y poder*, donde, sin embargo y de forma casi incomprensible, no sacó a relucir abiertamente el caso Hitler, al cual apenas si aludió en forma críptica en algún momento del libro.⁴⁹ En cambio, en el ensayo que estamos comentando, todo cuanto había escrito sobre poder y paranoia en *Masa y poder* se vierte ya sobre la personalidad de Hitler, a quien se sitúa, pues, dentro de la misma serie de reyes y gobernantes paranoicos que había estudiado antes en su libro, y entre los que se encontraba por ejemplo el ya citado sultán de Delhi, «el caso más puro de un detentador de poder paranoico».⁵⁰ Capaz de las mismas crueldades que él y dotado de la misma incapacidad para sentir remordimiento, o en general para *sentir*, lo que se deduce de la argumentación de Canetti es que la única diferencia entre Hitler y el sultán de Delhi habría residido en que éste, heredero de un reino ancestral, no habría necesitado del apoyo de las masas para hacer realidad el contenido de su delirio paranoico.

En cambio, Hitler sí. Tal como lo describe Canetti, su caso se nos aparece como el de un detentador paranoico del poder que, para disponer de ese poder del que en principio carecía, necesitaba de la adhesión entusiasta de las masas —de donde su interés por crearlas y mantenerlas en tanto que masas. Pero fuera de este matiz, que sería el que distinguiría a los gobernantes paranoicos de la actualidad de aquellos situados en tiempos pretéritos o en espacios exóticos, su caso no se diferenciaría de los otros estudiados por Canetti en *Masa y poder*, con quienes compartiría tanto

47 En este análisis de la función de los proyectos arquitectónicos de Hitler, Canetti se limita a aplicar conceptos como los de *crecimiento*, *repetición* o *masa lenta*, que él mismo había elaborado y explicado en *Masa y poder*.

48 «Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 227.

49 Por ejemplo, cuando, tras estudiar el caso del sultán de Delhi, afirmaba que la lectura que había hecho de este caso podía valer también «para casos que nos son más cercanos que el de Muhammad Tughlak» (*Masa y poder*, *op. cit.*, p. 432).

50 *Masa y poder*, *op. cit.*, p. 431.

el afán de poder absoluto⁵¹ y de conquista ilimitada,⁵² como la crueldad y la ausencia de remordimientos a la hora de dar satisfacción al que sería el principal placer del gobernante paranoico: el «placer de destruir».⁵³ Desde el punto de vista de Canetti, el exterminio de los judíos fue, además de una lógica consecuencia de su odio patológico, la única forma en que Hitler podía seguir dando vía libre a ese placer una vez que las derrotas en Rusia y la amenaza creciente a que empezaron a estar sometidas las ciudades alemanas le habían privado de poder hacerlo con el enemigo real en el campo de batalla. Fue justo entonces, es decir, en el momento en que empezó a decrecer la masa de enemigos muertos, cuando, según Canetti, «otra masa cobra forma en él: la de los judíos que hay que exterminar».⁵⁴

A este concreto crimen de Hitler, el del exterminio de los judíos, Canetti le dedicó un único apartado del ensayo, y ni siquiera en su totalidad. Se trata, además, de un apartado muy breve, de apenas dos páginas, titulado «Divisiones, esclavos, cámaras de gas», en el que el autor parece especialmente interesado en la cuestión del «secreto» que rodeó a la solución final. Respondía así al reto planteado por las *Memorias* de Speer, quien había declarado allí no haber sabido nada del exterminio. Para Canetti, no había motivos para no creer en las palabras del arquitecto de Hitler. A pesar de haberse hallado tan cerca de la fuente del poder, era verosímil a su juicio que Speer no hubiera sabido nada de lo que estaba ocurriendo en los campos de exterminio, como de hecho le había pasado a «la mayoría de los alemanes», quienes tampoco se habrían enterado de «la más monstruosa» de las «empresas» de Hitler.⁵⁵ Ahora bien, que esa mayoría de alemanes, Speer incluido, ignorase la *empresa* misma, es decir, cuándo y cómo se empezó a exterminar a los judíos, no quería decir, para Canetti, que también lo hubiesen ignorado todo acerca de los *planes* de exterminio. De ahí su cuidado en subrayar que lo único que fue «secreto» fue la realización del proyecto, pero no el proyecto mismo, que Hitler dio a conocer públicamente desde muy pronto: «Ya antes había dicho en forma suficientemente clara lo que pensaba hacer con ellos; pero al proceder seriamente al exterminio, se preocupa de que la operación permanezca en secreto».⁵⁶ Una gran mayoría de alemanes no se enteró, pues, de que el dictador había empezado a llevar a cabo lo que venía anunciando desde hacía mucho tiempo, pero nadie desconocía en Alemania el contenido de

51 «Cualquier resistencia en el ámbito de la propia esfera de poder es sentida como algo intolerable: la oposición... podía hacer empalidecer de rabia a Hitler» («Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 248).

52 «Su incentivo más profundo era el deseo de superar las victorias napoleónicas» («Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 239).

53 Canetti comenta a este respecto un pasaje de las *Memorias* de Speer, donde éste contaba lo sorprendido que se había sentido cuando, tras haber visitado París y haber admirado sus bellezas arquitectónicas, Hitler le habló acerca de la posibilidad, que estudiaba, de destruir París. Y otro tanto habría ocurrido más adelante con Londres, que soñó con incendiar. El comentario de Canetti sobre estos sueños de destrucción es el siguiente: «El placer de destruir va dirigido aquí, sin vergüenza alguna, a una ciudad de ocho millones de habitantes, y precisamente el número de estos habitantes debió de haber contribuido a potenciar aquel placer» («Hitler, según Speer», *op. cit.*, pp. 249-250).

54 «Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 253.

55 *Ibidem*.

56 *Ibidem*. Sobre este «secreto» a voces Imre Kertész ha escrito también unas memorables líneas que no me resisto a transcribir aquí: «Auschwitz no fue un accesorio del poder nazi, no fue, para emplear una palabra de Jean Améry, su mero ‘accidente’, sino su ‘esencia’, su sustancia y hasta su meta. (...) Auschwitz ya acechaba en los inicios en absoluto inofensivos y se convirtió luego en el gran secreto, en la inmensa sombra proyectada por las luces de Nuremberg, en el Gehena que humeaba bajo los pies de todo el mundo y al que al final se precipitaron pueblos y naciones enteras y hasta toda una época» (I. Kertész, *Un instante de silencio en el paredón*, *op. cit.*, p. 33).

sus amenazas hacia los judíos⁵⁷ —como tampoco nadie ignora hoy las de Al-Qaeda ni las del nuevo presidente iraní. Para explicar la extraña tolerancia o indiferencia de los alemanes —de la *masa alemana*— hacia el contenido concreto de estas amenazas, fue precisamente para lo que Canetti había propuesto ya, en *Masa y poder*, atender a los efectos de la inflación sobre la población alemana, así como a la habilidad con que Hitler supo orientar hacia los judíos «como un todo» la peligrosa carga psicológica del sentimiento de devaluación.

Y en esto consistiría, quizás, la especificidad de la teoría canettiana del Holocausto respecto de las que, como la de Hannah Arendt, enfatizan más el componente ideológico y político del totalitarismo: en atribuirle a Hitler y a su especial patología la mayor responsabilidad sobre lo ocurrido. Lo que puede inferirse, en efecto, de las escasas ocasiones en que se ve al autor reflexionar sobre el antisemitismo o el nazismo es que sin Hitler, sin su odio obsesivo a los judíos, sin el contenido de su delirio paranoico y sin su consecuente empeño en destruir y matar, además de por supuesto sin su innata habilidad para manipular a las masas, el antisemitismo de muta que él conoció en su adolescencia no habría llegado a los extremos a que llegó —y esto aun teniendo en cuenta los efectos de la inflación. Es por esto, precisamente, por lo que el ensayo se abre con la importante tesis de «la súbita agravación que se produjo en la historia al entrar Hitler en escena».⁵⁸ La misma idea la formularía el autor algo más tarde, en *El juego de ojos*, al dar cuenta de la impresión que le produjeron los acontecimientos que siguieron a la toma del poder por Hitler en enero de 1933 (quema de libros, persecución de los judíos, etc.):

Nada había sido previsto. Comparado con lo que de verdad estaba ocurriendo, todas las explicaciones y conjeturas, incluso las predicciones más osadas, parecían mera palabrería. Lo que ocurría era inesperado y nuevo en todos y cada uno de sus aspectos.⁵⁹

Que lo ocurrido había sido inexplicable, en el sentido estricto que el término «explicación» tiene en la investigación histórica, como determinación de las *causas* de los hechos, sería, de hecho, a mi juicio, la tesis más importante de este ensayo de Canetti, entre cuyos objetivos no habría estado solo el de retratar a Hitler, sino también y quizás más decisivamente, el de llamar la atención de los lectores sobre la existencia de lo *imprevisible* y lo *nuevo* en el devenir histórico, en relación además con el poder de la personalidad individual. De ahí su insistencia en el hecho de que ningún historiador habría «podido predecir el caso Hitler», y, más aún, en el hecho de que tampoco ahora, una vez conocido y diseccionado este caso, podría ningún historiador predecir el de «un nuevo Hitler» que surgiera en la historia, toda vez que, de hacerlo, lo haría bajo «otro aspecto» y «en otro sitio».⁶⁰ Solo una vez formulada esta tesis sobre la historia, que, al igual que la de Walter Benjamin,

57 Baste citar a este respecto el contenido de uno de los discursos que Thomas Mann emitía a través de la radio británica durante la Guerra. En el discurso de fecha 27 de septiembre de 1942 el escritor alemán avisaba así al mundo y a sus compatriotas —a los que iban dirigidas especialmente las emisiones— de la existencia de esos planes: «El desbocado afán de perseguirlos (a los judíos) no se detiene en ningún punto. Ahora hemos llegado al aniquilamiento, a la vesánica decisión de que hay que exterminar enteramente a los judíos de Europa. ‘Nuestro objetivo —ha dicho Goebbels, en un discurso que pronunció por radio— es exterminar a los judíos. Y ora vencemos, ora seamos derrotados, ese objetivo tenemos que alcanzarlo y lo alcanzaremos. Si los ejércitos alemanes se vieran obligados a retroceder, en su retirada irían eliminando a todos los judíos’» (Thomas Mann, *Oíd, alemanes... Discursos radiofónicos contra Hitler*, Barcelona, Península, 2003, p. 119).

58 «Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 223.

59 *El juego de ojos*, *op. cit.*, p. 875.

60 «Hitler, según Speer», *op. cit.*, p. 224.

aunque de otra manera, apuntaba a la existencia del *novum* frente a la filosofía del progreso, Canetti procedía ya a hacer lo que se había propuesto en su ensayo, es decir, penetrar en la esencia del caso Hitler, *i.e.*, en su paranoia, más allá de toda apariencia o aspecto exterior e incluso más allá de las circunstancias espaciales y epocales en que el personaje hizo su aparición y que la historiografía tradicional solía confundir con las «causas» de lo sucedido.

Como se decía al comienzo de este trabajo, Canetti no escribió nunca un tratado sobre el anti-semitismo, no dedicó un número excesivo de páginas a la reflexión sobre el nazismo, y apenas si escribió algunas líneas sobre la *Shoah*. Y, sin embargo, hay muchos motivos para leer buena parte de su obra como una respuesta a los acontecimientos que marcaron la vida de los judíos europeos en el siglo XX. Cuando aquella noche de invierno de 1924-1925 en que iba paseando por Viena tomó la decisión de dedicar cuanto tiempo hiciera falta a resolver el *enigma de la masa*, el escritor había decidido sin duda algo muy relacionado con la que por entonces y desde la experiencia de 1919 en Zúrich venía siendo su gran y secreta preocupación: la preocupación por el destino de los judíos.